

L'estudi de la família Farners es fa des d'una òptica original. La perspectiva escoltaida pels autors ens situa aquest llinatge dintre del complex món de les relacions feudals. Presenten de manera molt clara la dicotomia pròpia de tot senyor feudal: ésser senyor i serf alhora. Només els monarques escapen, a vegades, d'aquesta situació. Fer atenció d'aquest fet, centrar la problemàtica sobre aquesta paradoxa i prolongar-la fins al segle XVIII és un dels mèrits d'aquest llibre.

La segona part és, sens dubte, la més interessant (pàgines 55 a 226). Després d'una petita introducció on els autors expliquen la quantitat i el caràcter del material que conté aquest arxiu, s'inicia una descripció dels còdexs trobats: 23 llibres del patrimoni Farners, alguns dels quals tenen un gran valor heràldic i genealògic. Aquestes descripcions codicològiques són correctes, encara que, potser, breus. Segueix un recull de més de 800 regestos d'altres tants documents de l'arxiu.

xiu Farners. La cronologia: comença a final del segle XI amb la conveniència reallitzada entre els senyors del castell de Farners (els vescomtes de Cardona Ramon i Ermesèn) i el seu castlà, Ramon de Ramon. A partir d'aquí més de 380 documents fins arribar al segle XVI: mitja dotzena de diplomes del segle XII, més de 30 localitzats del segle següent, 220 documents de la XIV centúria i 120 del segle XV. La resta de documents se centren a l'època moderna fins arribar al segle XVIII.

L'edició dels regestos és encertada, i aporten les dades bàsiques i comunes a aquests tipus d'estudis.

Finalment, el llibre es complementa amb un índex toponímic i un altre d'antroponímic que faciliten la consulta a l'investigador. No resulta difícil amoixar aquest llibre, element d'obligada consulta pels historiadors del llinatges catalans.

F. J. Rodríguez-Bernal

COMNENO, Ana.

La Alexiada

[Estudio preliminar y traducción de Emilio Díaz Rolando. Premio Nacional de Traducción 1990], Clásicos Universales núm. 3
Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 1989

«[...] Sabes, querida, que en este día vigésimo segundo de julio del año 1099, estoy en la ciudad de Jerusalén, que la arrancamos a los infieles el décimoquinto día de este mes. Estoy rodeado de honores y gozo de buena salud. Para contarte el viaje dicto esta carta a Arnaldo d'Aguilers, capellán de mi querido señor Raimundo de Saint-Gilles, conde de Tolosa (Toulouse), marqués de Provenza. Ruego al Señor maestro nuestro que llegue a tus manos, porque no sé cuándo emprenderé el regreso. El valiente duque Godofredo (de Buillon) acaba de ser elegido príncipe de la ciudad. Pero nuestros enemigos ya amenazan y nuestro conde se presta al combate [...]»

Estas líneas forman parte de la carta que el vizconde de Turenne, Raimundo, escribió a su esposa Ada, recuperada gracias al trabajo del paleógrafo francés Jacques Berlioz. Raimundo formó parte del contingente humano que participó, a las órdenes de Raimundo IV conde de Toulouse, en la denominada *primera cruzada*.

Desde sus orígenes y a lo largo de los siglos, las narraciones sobre tan vasto acontecimiento, lo que sucedió en aquellas lejanas tierras, han sido manipuladas a voluntad. Lejanas pues entre la cristiandad latina occidental y el suelo que vio nacer, vivir y morir a Cristo, se halla el Mediterráneo. Una tierra que todavía,

y de manera vaga, preservaba los restos de la Pax Orientalis del Imperio. Mejor dicho, lo que quedaba en pie de éste, Bizancio.

Y, entre el «bárbaro Occidente» y el «civilizado Oriente» heredero de Roma, un conjunto de pueblos eslavos, más o menos colonizados por éstos últimos, que habían adoptado una forma bastarda del griego clásico como escritura y, como religión, la otra corriente cristiana, la bizantina, que desde 1053 había decidido desobedecer para siempre la autoridad de Roma.

Paradójicamente, los siglos XI y XII, en el aspecto artístico y teológico, fueron los más fértiles de la historia de Bizancio. Tanto que se llegó a considerar que, pese a los desastres acaecidos entre 1071 y 1081 y que dieron lugar al establecimiento permanente en Anatolia de los turcos y en Sicilia de los normandos, podrían alcanzar a sustituir los nexos de unión institucionales y sociales que habían estado en manos de un imperio plurinacional, conservando el dominio universal bizantino. Los hechos demostraron que sólo se trató de una vaga ilusión, pues en estas dos centurias los mercenarios coparon la totalidad del ejército y el Imperio cayó en manos de unas pocas familias ricas, ambiciosas, y con apetencias dinásticas. Los Comneno fueron incapaces de recuperar lo que habían perdido y, cuando desaparecieron, ya no quedaban fuerzas para resistir el ataque final que, curiosamente, no procedió de su tradicional enemigo, el infiel, sino del Occidente cristiano.

«Tierra Santa» era presa de los «paganos» y, las peregrinaciones resultaban peligrosas. El emperador Alexis I Comneno debía mantener una humillante política de pactos con sus vecinos turcos para conservar su débil poder y, desde Roma, el papa Urbano II observaba la situación con preocupación.

En 1095, durante el Concilio de Clermont, se hizo llamamiento a la Guerra

Santa Enfervorizados de fe y al grito de «Dios lo quiere», ejércitos de mendigos, bandidos, soldados y caballeros pusieron rumbo a Oriente.

Pero si los cronistas cristianos occidentales hablaban de cruzada, en el otro lado, como muy bien subraya el historiador libanés Amin Maalouf en su libro *Las Cruzadas vistas por los árabes*, no compartían la misma opinión. Éstos últimos describieron los hechos como una auténtica guerra declarada por la invasión francesa.

Mientras tanto, aquéllos que se encontraban en medio, los bizantinos, inquietos, se preguntaban: ¿A qué vienen estos «salvajes»? ¿A conquistar Jerusalén? ¿de peregrinaje? No, el proyecto era bien distinto.

Unos ojos, desde la ciudad que duerme a los pies del Bósforo, observaban e, impresionados por lo que pudieron ver con tan solo 13 años, 42 más tarde, deciden narrar lo sucedido. Era la mirada de la primogénita del emperador Alexis I Comneno. Dama de extensa cultura y gran formación intelectual que, tras fracasar en su intento de derrocar a su hermano Juan Comneno, se entregó por completo a la redacción de lo que será su gran legado: la *Alexiada*.

El hecho que la convierte en una obra crucial viene justificado por tres evidentes razones: la primera, por tratarse de la única narración bizantina que describe lo que supuso la llegada y más tarde la permanencia de los cruzados al lugar que hoy conocemos como el Próximo Oriente.

La segunda y, tal vez la más importante, que el «autor» de la misma sea una mujer, pues, desgraciadamente, pocas han sido las que nos han dejado sus impresiones a lo largo de los siglos.

La tercera y más inquietante: que sea ella, Ana Comneno, la que dé respuesta en sus páginas a una cuestión que la historiografía tardó 900 años en llegar a apreciar: que los cruzados no fueron nunca un grupo uniforme, todo lo contrario, y

que, desde esa heterogeneidad, cada uno se movía por objetivos e intereses bien distintos.

El esfuerzo y la entrega de don Emilio Díaz Rolando a la hora de traducir tan excelente documento, y que, a su vez, abre una vía más a quienes puedan interesarse, de manera global o especializada, por la difícil historia de las mujeres, sólo puede ser correspondido con un profundo agradecimiento.

El libro está dividido en cuatro bloques: en el primero, el traductor de la *Alexiada* recoge en una sola frase el acontecimiento que marcó para siempre el destino de Ana Comneno: «[...] la intensa frustración que supuso para ella no poder acceder al trono imperial [...] único propósito en su vida [...] y único gran fracaso [...]» y dedica de manera preliminar, rápida y descriptiva, un estudio a la autora, su obra, la realidad histórica de la misma, el valor del texto, etc., añadiendo una selecta bibliografía de estudios anteriores centrados, en su mayor parte, en la figura de Ana Comneno.

El segundo es el núcleo principal del trabajo, es decir, la traducción de la *Alexiada* al castellano, dividida en un prólogo y 24 libros.

El tercero está compuesto por un índice de nombres propios y el cuarto, y último, recoge una lista de patriarcas de la época del emperador Alexis I Comneno, junto a un cuadro dinástico de la familia del mismo emperador extraído de la obra de Buckler, G., *Anna Comnena. A Study*, Londres, 1968.

La vida de la primogénita de Alexis Comneno, nacida un sábado dos de diciembre de 1083, transcurrió de manera plácida hasta que se vio ensombrecida por la lucha desencadenada, a la muerte de su padre, por la sucesión al trono.

Tras una serie de avatares a lo largo de su dilatada existencia, no se retiró, sino que «fue» retirada de la vida pública, lo que la entregó, gracias a su gran erudición, al estudio y al fomento de las letras

y las ciencias del momento. Cursó estudios superiores, los famosos Trivium y Quadrivium medievales, tenía conocimientos de medicina, historia, amaba la tragedia griega, así como la oratoria. Conocía perfectamente a los clásicos, Aristóteles, Platón, Polibio, entre otros. Fue una auténtica experta en las artes plásticas, especialmente la pintura, y no escaparon a sus intereses las disciplinas relacionadas con la adivinación, los augurios y demás expresiones del saber «oculto».

Todo este gran poso quedó plasmado en la redacción de su *Alexiada*, auténtico panegírico destinado a ensalzar al emperador Alexis I, a quien admiraba, para lo cual, y en palabras del profesor Emilio Díaz, ella misma llegó a la conclusión que sólo lo logaría si recurría a la épica.

Pero la *Alexiada*, que toma como base fundamental el pensamiento aristocrático feudal bizantino, como toda obra humana, también tiene sus defectos. Señalemos algunos desde el punto de vista meramente histórico. Por ejemplo, Ana ocultó hechos que pudieron afectar al buen nombre de su padre y, confundió a importantes personajes de la Primera Cruzada, como Pedro el Ermitaño, a quien tomó por Ademaro de Puy, junto a un clérigo llamado también Pedro y que era de Provenza.

Pero si algo merece ser destacado del conjunto de la *Alexiada*, no es otra cosa, ya lo señalábamos de forma breve al principio, que la información de las sensaciones vividas por los bizantinos con la llegada de aquellos «extraños» venidos de tan lejos, los cruzados, y que la autora había recopilado.

Tomemos esta breve descripción nacida de sus propias palabras: «[...] unos seres de incontenible ímpetu, inestable y voluble temperamento y todos los demás aspectos que posee de forma permanente el carácter de los celtas, tanto en sus simples rasgos como en las consecuencias de los mismos [...] paralizados por el brillo del dinero, siempre rompián los tra-

tados sin reservas de ningún tipo y abiertamente, argumentando el primer motivo que les vinera en gana [...].

Así, Ana Comneno, se convirtió en una auténtica cronista y su *Alexiada*, debiendo a su carácter único, en una verdadera joya para los especialistas, de modo global, en la historia de Bizancio y, de manera particular, en la de las cruzadas, incompleta si no se tiene en cuenta la herencia de esta gran mujer. Su trabajo debe ser puesto a la misma altura, entre otros, al del célebre cronista, de finales del XIV y principios de XV, Jean Froissart quien recogió en su *Crónica* fases de la famosa Guerra de los Cien Años.

Hace mil años, tres mundos, y no dos, se enfrentaron. Tres concepciones bien distintas de ver e interpretar la vida. Cristianismo occidental e islam en los extremos de dicho conflicto y, los bizantinos, en el centro del mismo. Lo que derivó de ese tremendo choque de culturas tan distintas, sus consecuencias, algunos todavía las continúan padeciendo.

Hoy las tornas se han cambiado; el refinado y selecto mundo árabe del Próximo Oriente de los siglos altomedievales, al margen del dios en el que crea, se llame Yahvé, Cristo o Mahoma, se debate, en gran parte, en la más profunda miseria.

Los Balcanes, el Oriente cristiano ortodoxo, el «patio trasero» de Europa, allí donde los derechos humanos no son respetados, se pierde en una auténtica espiral de violencia y Occidente, aquel bárbaro y salvaje mundo franco que a finales del siglo XI se presentó en masa ante los bizantinos, falsamente unido bajo el símbolo de la cruz, hoy se metamorfosea. Ya no utiliza la espada, hace mucho tiempo que se dio cuenta de la inutilidad de la misma. El arma es otra.

Los orígenes de esas desigualdades sólo se pueden encontrar en memorias tan valiosas como la *Alexiada* de Ana Comneno. No se pueden ignorar.

Xavier Gil Román

BASSO, Enrico

ΓΕΝΟΒΕΖΟΙ ΣΥΜΒΟΛΑΙΟΓΡΑΦΟΙ ΣΤΙΣ ΥΠΕΡΠΟΝΤΙΕΣ ΧΩΡΕΣ
ΕΓΤΡΑΦΑ ΣΥΝΤΑΧΘΕΝΤΑ ΣΤΗ ΧΙΟ ΑΠΟ ΤΟΝ *Giuliano de Canella* (2 Νοεμβρίου 1380 - 31 Μαρτίου 1381) / *Notai genovesi in oltremare atti rogati a Chio da Giuliano de Canella* (2 Novembre 1380 - 31 Marzo 1381) Atenes: Εταιρεία Μελετών Ανατολικού Αιγαίου, 1993 (Εταιρεία Μελετών Ανατολικού Αιγαίου / Accademia Ligure di Scienze e Lettere, 1), 180 p.

Enrico Basso és continuador en el present treball d'una línia marcada per la col·lecció «Fonti e Studi de l'Istituto di Storia Medievale e Moderna i la Collana Storica di Fonti e Studi de l'Istituto di Paleografia e Storia Medievale» —Istituto di Medievistica, a partir de 1982— en l'edició de documentació notarial genovesa, tasca que restava aturada des de l'any 1989, i que la col·laboració de l'Accademia Ligure di Scienze e Lettere di Genova i l'Εταιρεία Μελετών Ανατολi-

κου Αιγαίου ha permès reprendre. Però també és continuador en certa manera d'una llarga tradició investigadora sobre la Mediterrània oriental i l'estudi de l'Egeu —molt especialment de Quios—, on especialment sobresurt la figura de Ph. P. Argenti i la seva obra cabdal *The occupation of Chios by the Genoese and their administration of the island - 1346-1566* (Cambridge: Cambridge University Press, 1958. 3 vol.), un dels grans precursores dels estudis sobre Quios.